



Una vez más, «¿puede solucionarse el conflicto vasco?»

Javier M. Donézar Díez de Ulzurrun*

HACE ya algún tiempo el articulista Germán Yanke tratando el asunto de la ya cotidiana situación de violencia señalaba que en 1945 el poeta Auden, por encargo del gobierno norteamericano, realizó entrevistas a la población alemana sobre los efectos psicológicos de los bombardeos, y pudo constatar que los primeros ataques habían causado una intensa indignación mezclada con deseos de venganza, y que la continuidad de los mismos fue insensibilizando a la gente para concluir con una desesperada petición final: «que termine esto como sea».

Itinerario muy parecido está siguiendo obligadamente la conciencia general de la sociedad, y en particular de la vasca, desde las ya lejanas primeras actuaciones de ETA. Las noticias de atentados –con muertos y heridos–, las acciones fallidas –con destrozos materiales pero sin víctimas–, los

* Catedrático de Historia contemporánea. Universidad Autónoma. Madrid.

secuestros, las manifestaciones y provocaciones, las profecías lanzadas de «futuras agitaciones y convulsiones sociales», junto con el desconcierto ante qué tipo de solución tomar, ocupan ya diariamente, y de forma fija, páginas principales en los periódicos. Lo malo es que no se ve, a corto y medio plazo, cuándo dichas páginas serán ocupadas por otros acontecimientos que puedan provocar sensaciones diferentes a las de desasosiego, impotencia o general derrotismo.

El que la violencia «termine como sea» se oye cada vez más fuerte. Tal frase supone pensar, creyéndolo, que todo lo que es necesario es posible, y puede ser alcanzado. Pero, ¿puede, de verdad, ser alcanzado?, ¿puede acabar la tragedia?, ¿cómo?

Se está comprobando que la vía policial no es una salida y de una negociación con ETA y sus asociados tampoco cabe esperar mucho, por lo menos en tanto permanezcan las limitaciones actuales. Mientras de los partidos que componen la Mesa de Ajuria Enea por ahora sólo parece que se ha conseguido el consenso «de que siga la Mesa de Ajuria Enea», la declaración enervante de Herri Batasuna de que es precisa la violencia «para demostrar la necesidad de paz de este pueblo» resuena unitaria como un tambor de guerra.

Subsisten en Euskadi muchos problemas entrelazados que, a la vez, son centrípetos y centrífugos y que no pueden ser resueltos a menos que se alteren de forma sustancial los términos en que son planteados. No parece posible acabar con tales limitaciones mientras no se realice el esfuerzo, ciertamente por ahora voluntarista, de intentar globalizar la cuestión, donde la violencia quede incluida en el amplio movimiento del nacionalismo, a fin de que a la solución pueda llegarse desde la tolerancia. No se oculta que dicho esfuerzo puede perfectamente quedar en un puro ejercicio de utopía por cuanto el concepto «nacionalismo» (vasco o español, en este caso) parece que por definición la excluye. Y ello porque todo nacionalismo, en sentido estricto, ignora exactamente lo que constituye el núcleo mismo de la idea de tolerancia: el pluralismo.

¿De qué nacionalismo se trata?

EL intento de acercamiento al muy complejo problema vasco supone abordar consideraciones que, inevitablemente, aparecen entrelazadas cuando se desea pensar en un final. En los momentos

presentes, dominados por la tragedia y el miedo, puede resultar hasta raro afirmar que la cuestión esencial del problema es el «nacionalismo».

Cuando se habla de nacionalismo es imprescindible intentar ser muy precisos y trazar previamente unos límites consensuados dentro de los cuales se va a desarrollar el discurso. El uso del término se presta a acepciones dispares, por lo que introducidas en una discusión en la que los distintos participantes se dediquen a utilizar una, algunas o muchas, según su conveniencia, difícilmente podrá llegarse a conclusiones unitarias suficientes. No es lo mismo entender el nacionalismo en su acepción de amor a la propia tierra y su paisaje —el «locus amoenus» en su sentido medieval— cuyos límites acogen a unas gentes cercanas, familiares, que guardan unas tradiciones, unos ritos, una lengua («patria» en el diccionario castellano de 1726 equivalía a «lugar, ciudad o país en que se ha nacido» sin reflejar un gobierno o un Estado) que como el dinamismo que genera la doctrina política que hace de la «nación» su pilar básico y cuya importancia radica sobre todo en las consecuencias que ha tenido su desarrollo en la Historia.

Estos dos aspectos no serían más que los dos polos explicativos extremos del concepto, que en absoluto se excluyen sino que se necesitan para mutuamente afirmarse como tales. Uno actúa de «principio» y otro de «fin» de un trayecto por el que marcha la comunidad; sus componentes o bien parten de la misma línea de salida (el amor a la tierra donde han nacido) o se van incorporando al camino llegando desde fuera de él. Por ser todos individuos libres su comportamiento ofrece una variadísima gama de matices en cuanto a dónde prefieren descansar en su marcha nacionalista, entre los que optan a alzar su tienda en los primeros metros y los que, caminando sin detenerse, desean levantarla al final (en la independencia).

Por precisar más esto último, el segundo aspecto, en pura lógica, necesita más del primero que viceversa. En estas líneas, y cumpliendo con lo propuesto más arriba —la necesidad de establecer unos límites—, se trata el nacionalismo en su aspecto «político» porque es clave para la comprensión del conflicto.

Hay que aceptar, de modo general, que este nacionalismo es movimiento y que, por ser tal, no se detiene; y que intentar pararlo sería «poner puertas al campo». Tal movimiento en estado puro se expresa manifestando la voluntad y el deseo de un pueblo por alcanzar la soberanía, consistiendo ésta en la capacidad de una sociedad para tomar decisiones independientes. Lo que es insustituible en la idea de «nación» es que ésta es el instrumento de la autonomía de un pueblo; sería ideal que la aspiración nacional fuera siempre pareja con el sentimiento democrático, lo cual significaría la prevalencia

de los elementos «racionales» sobre los «irracionales», pero el nacionalismo es siempre «algo que flota en el aire» y es capaz de combinarse con todas las ideologías, democráticas liberales, democráticas comunistas leninistas o autoritarias de tipo xenófobo.

No puede dejarse de lado que la doctrina del nacionalismo vasco reúne, por una parte y de modo sobresaliente, la tradición de los valores irracionales (los que surgen de la voluntad y los sentimientos) que emana del romanticismo político alemán, con su exaltación casi mística del «pueblo» milenario y de su espíritu unitario fundado en la lengua, la raza, y la ley no escrita-costumbre; y por ser anterior a toda organización política es libre e independiente. Por otra parte, la tradición derivada de la Revolución Francesa, con su concepción de la nación=Libertad como un ente abstracto uno e indivisible, por tanto «distinto», al que los individuos deben someterse para alcanzar (en la línea de Hegel) la plenitud de su propia libertad personal.

El resultado básico de este nacionalismo es que va construyendo un «pueblo» con un universo propio y una propia perspectiva nacional. Al hacerlo, las palabras y conceptos constituyen precisamente el reino de las aspiraciones nacionalistas y el interés nacional (Hartmann). De ahí que, por ejemplo, en el momento de explicar la propia historia para dar sentido al mismo movimiento nacionalista no importe en absoluto no ser objetivo; es más, tampoco se pretende dar pasos hacia la objetividad sino explicar el «de dónde venimos» de la forma más conveniente a los intereses.

Pero hay que precisar que, en teoría, incluso podría existir nacionalismo sin un pasado de apoyo, porque lo fundamental es marchar con una mirada única puesta en el futuro, la voluntad del grupo de querer edificar una comunidad «política» diferente.

El «enemigo nacional común»

LOS movimientos nacionalistas políticos característicos de finales del siglo XX son «divisivos», como los denomina Hobsbawm, esto es, buscan separarse de los Estados o, por lo menos —añadimos—, formar sociedades políticas diferentes. De ahí que un elemento clave movilizador sea la «insatisfacción»; que nunca es colmada, porque del mismo modo que el Estado «histórico», dentro del que se encuentran, puede concederles todo lo que van demandando para ver si detienen su marcha hacia los objetivos finales, así las peticiones continuarán de modo imparable.

Lo acabado de indicar sería el aspecto cualitativo de todo nacionalismo, pero es preciso, tal como indica Seton-Watson, atender a lo cuantitativo: «Para que una nación pueda existir, ¿qué proporción de la población debe ser consciente de pertenecer a ella?» Podrían bastar con unos miles de personas, pero no cabe duda que a los dirigentes del movimiento les convendrá contar con la mayor proporción posible de población entusiasta y no apática para avanzar en los objetivos. Es en este punto donde dichos dirigentes han aplicado, y siguen aplicando, similares esquemas a los de los padres nacionalistas alemanes o franceses, cuyos resultados la experiencia ha mostrado suficientemente durante dos siglos que son imprevisibles, por cuanto los sentimientos y las emociones (los valores «irracionales») con demasiada frecuencia han hecho oídos sordos a las llamadas a la sensatez (lo «racional»).

Se divulga desde arriba una cultura cuyos principales cometidos son, a la vez, resaltar las diferencias separadoras —teniendo como elementos ejes la peculiar visión de la historia y, sobre todo, la lengua— y reforzar la unidad del grupo. La pertinente inclusión en aquélla del concepto «democracia» añade populismo al patriotismo, porque si se convence a la gente de que el país «es suyo» entonces es más fácil que sea preferido a otro extranjero.

La creación de este «nacional-civismo» como un bloque sin fisuras precisa la existencia de un «enemigo nacional común» externo que sirva de constante punto de referencia para mantener la unidad. Desde fines del XVIII, sólo los tratamientos de choque con dicho enemigo han sido capaces de engendrar de golpe la solidaridad de los pueblos con sus gobernantes; los «Discursos de la nación alemana» de Fichte fueron pronunciados en la Academia de Berlín en el invierno de 1807-1808 mientras la calle estaba ocupada por las tropas de Napoleón, y la presencia de estas tropas en la península logró unos años (1808-1814) de «nacionalismo español unitario» que no ha vuelto a darse. Del mismo modo, la permanencia del enemigo externo en las fronteras ha valido para que los políticos responsables se hayan convertido prácticamente en «intocables», no objeto de críticas, precisamente porque no es correcto detenerse en «menudencias» ante el riesgo inminente; y así ha sucedido que los que, a pesar de todo, se arriesgaban a criticarlos podían ser considerados «traidores a la patria».

Además, siempre hubo un cuidado especial en los distintos dirigentes nacionalistas por presentar la «guerra» contra el enemigo, que no tenía por qué ser cruenta, como «algo sin final preciso», «siempre abierta, inacabada», a la vez sin explicaciones claras sobre el futuro, para que no disminuyera la fuerza dinámica del movimiento.

Por otra parte, tales dirigentes siempre han creído que la composición

de un cuadro mental completo centrado en la exaltación de las diferencias (el peculiar «genio popular») no podía llevarse a cabo sin el fomento del principal elemento de diferenciación y unidad, la lengua. En la Francia mencionada, a partir de 1791 el propósito consistió en hacer que todo el territorio tuviera el francés como lengua oficial; era un modo de hacer ciudadanos franceses. La lengua se convirtió en la señal primordial y obligatoria de pertenecer a la nación, y el utilizarla, en rasgo fundamental de civismo. Por lo mismo, la lengua colaboró a establecer la primera distinción interna: los que la sabían y los que no. El saberla daría paso a oficios y empleos y los que no se esforzaran en aprenderla serían considerados no buenos ciudadanos y dignos de desconfianza, por lo que podrían ser relegados. La lengua sería clave para descubrir, al mismo tiempo, los enemigos «internos» –los sospechosos de mantener una rebelión pasiva– y los integrados en el proyecto común. Esta estrategia produjo una especie de terrorismo lingüístico y de tiranía del lenguaje, y en todo caso a su alrededor se establecieron toda una serie de medidas coercitivas.

Dando por supuesto que, con todo lo anterior, se cuenta ya con un grupo nacional suficiente y cohesionado, el nacionalismo quiere llegar a su fin político: constituirse en un Estado-nación, haciendo prevalecer los principios morales de la autodeterminación.

El nacionalismo actual en Euskadi

EL problema en Euskadi es que, en el día de hoy, los resultados de tal educación nacionalista han rebosado violentamente los cauces «rationales» trazados por las mentes conductoras (ideólogos y políticos) y unos cientos de miles, en una población que supera los dos millones largos, la están aplicando a su aire.

Por todo ello, parece que existe un miedo por parte de sus gobernantes a llamar las cosas por su nombre y afrontar el momento cumbre de todo nacionalismo que, como ya se ha explicado, es la autodeterminación (o «la decisión de los pobladores de una unidad territorial acerca de su futuro estatuto político»). «Tabúes fuera», titulaba no hace mucho tiempo un artículo Santos Juliá. Empiezan a no valer toques de atención para provocar miedo parecidos a los que en la Restauración de fines del XIX daban los diputados vascos cuando gestionaban en Madrid los Conciertos económicos (¡que vienen los carlistas!); y comienzan a sobrar los amagos, las indefiniciones y los

frecuentes órdagos ante una sociedad, vasca y no vasca, que quiere no sólo que la violencia «acabe cuanto antes» sino que empieza últimamente a aceptarlos, a decir que se ejerza el nacionalismo hasta el final para saber a qué atenerse. Y ello porque, por otra parte, también duda de que los esfuerzos que se realizan desde las instancias estatales, intentando llegar a un pacto con los nacionalistas para terminar, como se dice, el diseño del Estado, puedan servir para algo o que las premisas que aquéllas propongan lleguen a satisfacer un día a éstos.

Para ello es posible que vaya siendo hora de pensar que, en estos años finales del XX, para poner en práctica el derecho de autodeterminación ya no hace falta seguir propagando que en frente hay un «otro-enemigo», ni siquiera para mantener la unidad nacionalista, sino más bien expandir a todas las partes la conveniencia de un espíritu de entendimiento y de confianza mutua.

Mientras ETA y HB (y en conjunto el Movimiento de Liberación Nacional Vasco) sí necesitan al enemigo para subsistir, por lo cual pretenden una confrontación general entre el pueblo vasco y el Estado español, lo que ya no parece tan claro es que algunos dirigentes del PNV, partido gobernante y defensor de caminos de paz, sigan tan ambiguos. Concretamente, no pueden continuar ante los suyos jugando a señalar con el dedo dónde sigue emplazado el enemigo, que siempre resulta estar al sur de Pancorbo, y a exigir que se abran unas negociaciones entre el Estado y ETA para acabar con la violencia –sin decir nunca lo que hay que negociar, ni con quién en concreto– eludiendo luego participar en ellas, como si el asunto no fuera con ellos, mientras al mismo tiempo, considerándose únicos administradores del nacionalismo, proclaman que son ellos, por tanto, los únicos interlocutores válidos y suficientes en dichas negociaciones.

¿Hay, en el fondo, miedo al «día después» de esas negociaciones destinadas a que cese la violencia? Es claro que ETA puede temer por su permanencia por cuanto si dejara de matar, secuestrar y extorsionar pasaría a ser una organización política legal, y su fuerza dependería únicamente de los votos. Pero, ¿teme el PNV que el resultado de las negociaciones le lleve, por fin, a tener que enseñar las cartas afrontando la cuestión de la autodeterminación de forma concreta con lo que ello conlleva? Precisamente, quizás el principal asunto pendiente de la Mesa de Ajuria Enea sea plasmar en la práctica «el respeto a la voluntad mayoritaria de la ciudadanía vasca». Quizás porque, para empezar, resulta hoy por hoy prácticamente imposible saber quién es el sujeto del derecho de autodeterminación; pero mientras duren los deseos, las apelaciones abstractas y las imprecisiones, no cabe duda que

seguir jugando a lo del enemigo exterior puede servir, desde luego, para continuar eludiendo auténticos problemas internos; y quizás por algo muy primordial, porque cualquiera sabe que la «mayoría moral» no es la mayoría electoral, del mismo modo que una «victoria moral» no es una victoria real y que los «referéndum» se convocan porque se espera ganarlos; porque, ¿qué pasaría si votando los ciudadanos libremente la mayoría escogiera un futuro político que no fuera el deseado por sus dirigentes?

HB señala que «el pueblo vasco tiene derecho a la autodeterminación, a la independencia y a la unidad territorial», y en esto podría coincidir con los últimos deseos del PNV. Pero aquí acabarían las coincidencias para comenzar las diferencias, porque la misma defensa de la previa autodeterminación para la independencia puesta en boca de aquella formación puede resultar vacía de contenido, porque lo que únicamente le interesa es la misma independencia; es más, sabe sobradamente que no le conviene tal ejercicio de autodeterminación. Ahora bien, ¿la independencia conlleva la violencia? Llegar a ella directamente podría suponer embarcarse en una guerra civil y HB no la excluye en absoluto; de hecho, señala que está forzando directamente «el enfrentamiento entre los vascos dentro de la sociedad vasca». Sin embargo, en las guerras civiles, señala Gabriel Albiac, ya no caben épicas posibilistas tipo «Michael Collins» ni pactos que contenten a todos, como tampoco existen líneas de frente porque el enemigo es todo «otro» que no es «yo».

No hay duda que en el momento actual el objetivo ideológico de HB es, en primer lugar, apropiarse del concepto «pueblo vasco» arrebatándoselo al PNV; esto es, hacer suyo, de su propiedad, el término «Euskal-Herría» (incluye, por tanto, a Navarra) sirviéndose de todas sus pretéritas connotaciones míticas, de las que dos ocupan un principalísimo lugar: la libertad-independencia original y el «igualitarismo histórico» de la sociedad vasca. El PNV, con este plan, deja de ser representante del «pueblo», y queda limitado a ser el gobernante de «Euskadi», la «nación política liberal», colocado por los intereses capitalistas para que los defienda ante los «auténticos intereses» del pueblo; luego es «su represor». Un dirigente denunciaba a los empresarios vascos porque «no tienen ningún reparo ni vergüenza en obtener ganancias a costa de los trabajadores vascos». Con este planteamiento el conflicto general se interioriza automáticamente porque tan enemigo resulta el Estado español como los gobiernos vascos o navarro. «Volver a ser lo que se fue» —una sociedad libre, independiente y realmente igualitaria— exige cumplir varios pasos: la utilización de los genuinos métodos «populares», que son los propios de partisanos y guerrilleros, para hacer frente a las

fuerzas de los gobiernos opresores-represores y alcanzar el poder; logrado éste, una «temporal dictadura del proletariado», para eliminar los elementos contrarrevolucionarios, será la antesala de la nueva-antigua sociedad «igualitaria».

Entre el Estado-nación y la Comunidad Europea

QUE el objetivo final resulte utópico, una vez que cayó el muro de Berlín o se deshizo la URSS, no disminuye la preocupación de una sociedad que, pese a sus continuas manifestaciones en favor de la racionalidad y de la paz, se encuentra permanentemente agredida y amenazada por los procedimientos utilizados para lograr aquél. Es preciso que todos los partidos, nacionalistas o no, empiecen a proceder abiertamente y a asumir los riesgos de las «voluntades generales» correspondientes, si es que se quiere llegar a que triunfe la paz sobre la violencia. En este sentido, no vendría mal una autocrítica para luego entender un poco mejor la situación y tomar las riendas ante el objetivo, a corto y medio plazo, del MLNV: «negociar el final del terrorismo a cambio de la autodeterminación».

Y aunque cueste, tampoco vendría mal arriesgarse a abrir las ventanas para ver el lejano horizonte y coger perspectiva. En definitiva, no hay que olvidar que estamos en un mundo en que todas las naciones se hallan visiblemente en trance de perder una parte importante de sus antiguas funciones, cuyo logro ha causado y sigue causando conflicto y violencia. Desde 1945 el papel de las economías «nacionales», sin ir más lejos, ha ido disminuyendo en favor de las grandes transformaciones producidas por la división internacional del trabajo, cuyas unidades básicas son empresas multinacionales de todos los tamaños, y la correspondiente creación de centros y redes internacionales que quedan fuera del control de los gobiernos estatales.

Puede argüirse que, con este entorno, las «regiones» constituyen subunidades más racionales dentro de las entidades económicas como la Comunidad Europea que los Estados históricos; de hecho, nacionalismos como el escocés, el galés, el vasco o catalán se muestran favorables a dejar de lado a sus respectivos gobiernos estatales y a apelar directamente a Bruselas. Pero, señala Hobsbawm, cuando los movimientos nacionalistas aspiran a convertirse en subunidades de una entidad político-económica más grande (la Comunidad Europea) están abandonando, en la práctica, el objetivo clá-

sico de fundar Estados-nación independientes y soberanos. Lo único que verdaderamente están mostrando es que quieren separarse del Estado en que están, dejando el futuro en algo incierto y a la espera de ser aceptados no se sabe muy bien por quién.

Nadie duda del deseo de identidad y de ser diferentes de estas comunidades, ni de su fuerza actuando contra la centralización y la burocratización del poder estatal, pero lo que a veces puede dudarse es de su deseo real de querer ser nuevos Estados-Nación, máxime cuando los viejos Estados están cediendo competencias a las regiones, que para sí las hubieran querido los llamados «Estados federales» del siglo XIX.